

Editado por el Centro Las Casas, el texto se convierte en lectura imprescindible para quienes desean indagar en torno a las ideas y vida de este jesuita, clave del Perú del siglo XVI.

F. Armas Asín

**Luis Carlos MANTILLA R.**, *Desolación y fidelidad. Los franciscanos en Santa Marta (1597-1997)*, W. Taller Edit., Santafé de Bogotá 1997, 161 p.

El franciscano Luis Carlos Mantilla, profesor de Historia de la Iglesia de la Universidad de San Buenaventura, de Bogotá, y autor de *Los Franciscanos en Colombia (1550-1700)*, obra en dos volúmenes publicada en 1984, y de la *Historia de la Arquidiócesis de Bogotá. Su itinerario evangelizador 1564-1993* (cfr. AHlg 6 [1997] 591-592), afronta en esta publicación conmemorativa de los cuatrocientos años de la llegada de los franciscanos a Santa Marta, de los cincuenta años de la vuelta a la ciudad de los minoritas y de los inicios del Colegio San Luis Beltrán, la historia de las vicisitudes de la comunidad franciscana de aquella ciudad costeña colombiana.

El 6 de agosto de 1821 fueron cerradas las puertas del convento de San Francisco de la ciudad colombiana de Santa Marta, después de 224 años de existencia. A ello obligó una ley del Congreso Constituyente de Cúcuta que ordenaba la supresión de todos los conventos de religiosos que tuvieran menos de ocho sacerdotes. En 1947, volvían al convento un pequeño grupo de minoritas de la Provincia franciscana a la que habían pertenecido los primitivos frailes.

El Dr. Mantilla estructura el contenido de su historia en dos partes. En la primera sigue la labor de los franciscanos en Santa Marta desde los precedentes y la expedición fundadora de siete franciscanos, encabezados por fray Francisco Ortíz de Oquendo, llegados al puerto el 22 de julio de 1597. El convento de San Francisco que establecieron sufriría en el siglo

XVII las consecuencias de los ataques de piratas holandeses e ingleses que desembarcaron en el puerto. Un capítulo traza el trabajo de franciscanos en las doctrinas de indios de Masinga y Mamatoco, a partir de los años 30 del siglo XVII, en donde los frailes emprendieron la defensa de los naturales frente a los abusos de encomenderos; y la atención que dispensaron a los negros cimarrones en la doctrina de San Antonio de Guachaca, a comienzos del XVIII.

Los capítulos sucesivos siguen la historia del convento y de la labor pastoral que realizaban los frailes en su iglesia; historia los últimos cuatro obispos franciscanos del siglo XIX (Diego Santamaría Ceballos, Miguel Sánchez Cerrudo, Manuel Redondo y Gómez, y el criollo Antonio Gómez Polanco, que vivió el momento de la Independencia y animó a su grey a seguir al nuevo gobierno republicano); y ofrece la historiografía franciscana de Santa Marta, en un capítulo en el que da noticias de las obras de fray Pedro Aguado y fray Pedro Simón, peninsular el primero y neogranadino el segundo, cronistas de la conquista y colonización de Santa Marta, y de los naturales que la poblaban.

La segunda parte se inicia con el relato de la exclaustración, que se prolongó durante veinte años (1861-1881), a la que siguió un renacer en medio de dificultades y carencias, hasta la unión en 1900 del Colegio de Misiones de Cali a la provincia de Santafé, medida que permitió un notable incremento de la labor en las primeras décadas del siglo XX, como manifiestan las fundaciones de conventos que el autor recoge. En Santa Marta la iniciativa de la nueva fundación franciscana partió del obispo Mons. Bernardo Botero, que, en 1945, escribió a fray Antonio Iglesias, delegado general de la Orden para la América meridional, pidiendo el regreso de los minoritas. Mantilla estudia la figura de los nuevos fundadores y las bases jurídicas de la fundación; sigue de cerca la labor realizada y la idiosincrasia de cada uno de los frailes, a través de la correspondencia que ha podido consultar.

Los dos últimos capítulos se dedican a historiar la parroquia de San Francisco de la ciudad de Santa Marta, establecida sobre las ruinas del antiguo convento; y el Colegio de San Luis Beltrán, de enseñanza secundaria, que hasta 1946 había estado dirigido por los agustinos recoletos y que funciona ahora con pleno rendimiento y con reconocimiento oficial de sus estudios.

El libro, que recoge una investigación paciente y bien realizada sobre un tema que no había sido explorado, revela el buen oficio de su autor. Presenta varias litografías, reproducciones documentales, dos cuadros sinópticos y gráficas de los alumnos matriculados en el Colegio de San Luis Beltrán de 1947 a 1997 y de los graduados en los mismos años.

E. Luque Alcaide

**Ana María MARTÍNEZ DE SÁNCHEZ**, *Vida y «buena muerte» en Córdoba durante la segunda mitad del siglo XVIII*, Centro de Estudios Históricos, Córdoba (Argentina) 1996, 160 p.

La Dra. Ana M.<sup>a</sup> Martínez de Sánchez, investigadora del CONICET, que había trabajado ya diversos aspectos de la vida cotidiana de la Córdoba del Tucumán, especialmente durante el setecientos, se ha enfrentado en esta obra con un estudio de larga duración sobre el tema de la muerte, siguiendo las pautas metodológicas iniciadas por Michel Vovelle y ampliamente difundidas en la historiografía posterior. Para analizar las actitudes que el cordobés de la segunda mitad del XVIII tuvo ante la muerte la autora ha realizado una investigación exhaustiva de los testamentos de esos cincuenta años conservados en el Archivo Histórico de la provincia de Córdoba, series de Escribanías y Protocolos de escribanos (notarios); y en el Archivo del Arzobispado de Córdoba, serie de Expedientes sucesorios; y en el Fondo Documental y Biblioteca «Mons. Dr. Pablo Cabrera», antiguo Instituto de Estudios Americanistas.

Esa paciente y amplia recogida de datos ha permitido un doble tratamiento: de una parte la

aplicación del método cuántico que permite establecer comportamientos generales; y, por otro, teniendo en cuenta el contenido personal, casi intimista, del documento testamentario, la aplicación del método descriptivo, que permite adentrarse en la mentalidad del testador.

Junto a las huellas personales encontradas en cada uno de los testamentos, la autora ha consultado confesionarios y sermones de la época, las cartillas para redactar testamentos, y los tratados de *Ars moriendi*, muy extendidos en el momento, que proporcionaban una guía para ayudar en el último trance y, sobre todo, para asistir a parientes y amigos a alcanzar una «buena muerte».

El trabajo se articula en tres secciones. En la primera se desarrolla el concepto del buen vivir, exigido en los tratadistas de la muerte y perfilado en los testamentos. La Dra. Martínez ha logrado penetrar en las coordenadas centrales de esa «vida buena» analizando las disposiciones halladas en torno a las virtudes teológicas. Los testamentos examinados muestran la fe de los testadores en el Dios Uno y Trino al que confiesan y al que se eleva su oración, que va dirigida también a la Virgen y a los santos; manifiestan todos la esperanza en la propia salvación; y reflejan la caridad, amor a Dios acompañado ineludiblemente del amor al prójimo, que sostenía la práctica de las obras de misericordia, es decir la atención a las necesidades corpóreo-espirituales de quienes tenían cerca.

La segunda parte del libro recoge la predicación de la época para ese «bien vivir», tal como queda reflejado en sermones, en confesionarios y en las *Ars moriendi* y en los libros de edificación, entre los que ocupaban un lugar destacado las hagiografías.

La tercera y última parte: «La Buena Muerte», abarca en dos apartados dos temas. Ante todo, la fe expresada por el testador. El testamento, en efecto, es visto como una profesión de fe, y la fe se manifiesta también en la práctica de la última confesión y en la solicitud por asegurar los sufragios. El segundo de los temas